

La otra cara de la muerte

¿Es posible una novela que oculte su sentido, su significación, sus objetivos —o su falta de ellos— tras una ficción descabellada que apunte en todas las direcciones sin llegar a ningún sitio definido? ¿Es posible con- jugar la literatura onírica con la política, la de ciencia ficción y la detectivesca? ¿Cómo hacerlo sin caer en la pedantería, la dispersión, el galimatías o el hermetismo total? No tengo respuesta a esta última pregunta. El caso es que Carlos Ruiz Mejía, en su novela *La otra cara de la muerte* (Oasis, 1982) ha cumplido con la hazaña de romper todos los géneros, conservando una tensión sostenida, que sin duda llamará la atención de más de un estudioso y aficionado a las estructuras y misterios de la novela contemporánea.

La otra cara de la muerte (Premio Nacional de Novela 1981) relata en primera persona, día a día, la vida de un siquiatra que sale de un manicomio donde estuvo recluido como enfermo. A partir de ese instante, la realidad comienza a complicarse; los sueños entran indiscriminadamente en el flujo de la narración y pronto es la misma realidad la que asume características oníricas. Suceden cosas insólitas: aparecen mujeres semidesnudas en jardines, irrumpen ciegos-detectives en fiestas, ratas descomunales de naturaleza mecánica invaden las casas, en cualquier esquina surgen enanos atraca- dores y vampiros delicados, hay mu-

jes que defecan enormes bostas y canguros que sirven como mascotas. Todo lo anterior, que podría parecer lo espectacular de la novela, si lo pensamos bien, no deja de ser cotidiano en una ciudad como el D. F. De modo que la obra no puede calificarse de inverosímil.

Recuerdo ahora que Nathaniel Hawthorne, en sus papeles privados, soñaba con el proyecto de escribir una novela que se moviera exclusivamente en el mundo de los sueños. Yo mismo intenté escribir una novela tratando de cumplir con su proyecto. Carlos Ruiz Mejía ha acometido el mismo proyecto, con la diferencia de que su novela no permanece a nivel exclusivamente onírico, ni va ni regresa de un mundo al otro, como lo hizo Lovecraft, sino que logra fundir los dos planos. Y lo más importante, lo consigue sin sacrificar la naturalidad del texto. No logro determinar cómo fue que me convenció de que aceptara la instauración de lo absurdo dentro de lo *real-objetivo*; tal vez la correcta dosificación de los sucesos extraños, o el tono aparentemente ingenuo —como señala Sergio Galindo en la contracarátula— o un aire de sinceridad que se siente a lo largo de todo el texto, hayan contribuido a que yo diera por real lo que la lógica y la cordura me impulsan a llamar absurdo.

Hay la posibilidad de que toda la novela sea una gran impostura y que estemos leyendo las páginas de una especie de diario de un narrador paranoico; existe también la probabilidad de que todo sea una intrinca-

da parodia del sistema mexicano, al que se presenta como un castillo kafkiano que habitan 70 millones de locos; puede ser también una novela en clave que oculte una historia de amor desesperado y sin satisfacción; o que sea una indagación risueña y terrible sobre el sentido de la vida, la naturaleza de la realidad, y, sobre todo, el enigma que plantea la muerte: ¿hacia dónde morimos? ¿es el sueño un anuncio de lo que será la muerte? ¿es la irracionalidad parte del mapa que nos servirá para guiarnos después de la vida?

Carlos Ruiz Mejía acaba de poner sobre la tierra el primer trozo del rompecabezas que ha venido armando desde hace muchos años. Cuando lo conocí en Querétaro —él iba a recibir el Premio Nacional que le otorgaron Sergio Galindo, Luis Mario Schneider y José Agustín; yo fui invitado por haber sido honrado con una mención especial— supe que venía escribiendo desde hacía mucho tiempo y que en la actualidad tiene varios manuscritos inéditos. Carlos Ruiz Mejía es un hombre extraño, como su novela, silencioso, tranquilo, que trabaja como investigador de Física en la UNAM. Supongo que de las preguntas que no ha podido solucionar con números y fórmulas, teorías e hipótesis, han brotado los enigmas que plantea en su primera novela. Confieso mi impaciencia por conocer los otros trozos del rompecabezas. Estoy seguro de que Buñuel, Kafka y Sábato serían buenos lectores de este novelista mexicano que indudablemente tiene muchas y muy diferentes cosas por decir.